XXVI DOMINGO ORDINARIO C/2007

La vida humana es un regalo que hemos recibido de Dios a través de nuestros padres y es lo que ahora somos gracias a muchas personas que han influido en nuestro crecimiento y educación y han contribuido a la formación de nuestra vida. Ya que hemos recibido la vida como un regalo, podemos compartirlo con otros que encontramos cada día y con aquellos que viven alrededor de nosotros.

Del mismo modo, todos los bienes de los que disfrutamos en esta vida, hasta aquellos adquiridos por nuestro trabajo difícil, son sólo regalos de Dios. Para probarlo, veamos lo que dice la Biblia en el libro de Job 1, 21: Nacimos sin nada, y nada nos llevaremos cuando muramos. Desde este punto de vista, se puede decir que nosotros estamos iguales. Resulta, sin embargo, que nosotros surgimos encima sobre todo y tenemos mas debido a nuestras capacidades, nuestra herencia familiar o la confluencia de circunstancias, permanece sin embargo verdadero que todo es un regalo. Como todo es recibido, todo tiene que ser compartido. Esta es la enseñanza de las lecturas de hoy.

Como en la primera lectura de la semana pasada, el profeta Amos denuncia la indiferencia de aquellos que se preocupan sólo por su placer y su propio interés, mientras el país va decayendo en situaciones difíciles. Por esto, ellos serán los primeros en entrar al destierro junto con sus placeres. El punto de este mensaje esta dirigido a todos los ricos indiferentes de todos los tiempos y todas las culturas.

El acto de indiferencia constituye el drama que ocurre entre el hombre rico y pobre Lázaro en el Evangelio de hoy. La parábola no dice que el hombre rico era un tipo malo, tampoco él era una persona que maltrató a Lázaro. Su pecado era que él nunca notó a Lázaro: él lo aceptó como la parte de un panorama y pensó que era normal que él debiera sufrir en dolor y tener hambre mientras él vivía en el lujo. Como puede ser visto, el problema con el hombre rico era sólo que él era indiferente hacia Lázaro; él literalmente no hizo caso de Lázaro mientras él estaba tirado a su puerta con hambre y llagas. El pecado del hombre rico no es que él hizo algo incorrecto, pero que él no hizo nada. Tal vez es mejor llamar esto un pecado de omisión.

De hecho, la indiferencia hace alguien insensible y sordo al grito de sus semejantes. Esto mata cualquier perspectiva de la solidaridad hacia los demás. Esto impide a alguien ver en los demás sus necesidades y dolor; lo mantiene alejado de otros porque a él no le importa la situación que esta pasando alrededor de ellos. Por consiguiente, la indiferencia nos mantiene lejos de Dios quien se identifica con los que sufren y necesitados (Mateo 25, 31-46). Nunca deberíamos olvidar que cuando ayudamos al necesitado ayudamos a Dios, rechazando el necesitado, rechazamos a Dios.

Algunas veces escucho a la gente decir que el infierno no existe. Al menos que ellos quieran decir otra cosa, ellos están equivocados. El infierno es un lugar de tormento y aislamiento en el cual la gente corre el riesgo de irse al final de sus vidas cuando ellos no viven en la solidaridad con sus semejantes. Este es una abismo que creamos por nosotros mismos cuando permanecemos indiferentes a la miseria de nuestros semejantes. Esto es lo que Abraham le dice al hombre rico. Lo que te lleva al infierno es tu manera de vivir aquí en la tierra. Por lo que tenemos que recordar que la forma de vida en esta tierra determina nuestra vida futura. Quiero enfatizar que no es una cuestión de infundir miedo o hacerlos sentir culpabilidad, sino quiero exhortarlos, animarlos a que vivan seriamente su compromiso de ser cristianos mientras estamos vivos.

Cuando examinamos este texto, nos damos cuenta que la distancia entre Lázaro en el cielo y el rico en el lugar de castigo no es el resultado del juicio divino, sino una realidad que el hombre rico cavo para si mismo este lugar, mientras el estaba con vida. El hueco que él ha mantenido en la tierra es mantenido en el cielo, pero en una orden invertida. Lo que él ha sembrado en la tierra, es lo que él cosecha en el otro mundo. En este sentido, el infierno crea una distancia trágica entre nosotros y Dios, que es la fuente de todo el amor y toda la bendición. El infierno es una posibilidad de perder nuestra vida eterna para siempre cuando no actuamos según la ley de amor de Dios y de nuestro semejante. Es en la tierra lo que el destino nos traerá después de la muerte. Nada puede cambiar lo que hemos hecho después de que morimos.

Esta parábola nos enseña que la solidaridad, las relaciones y las amistades son decisivas - criterios para la vida después de la muerte. En la parábola, el hombre rico vive en la soledad rodeada por sus bienes, sin la participación con el pobre. Cuando alguien muere decimos que él es sobrevivido por su familia y parientes. En el cielo, lo que nos sobrevive son las relaciones que hemos construido con el necesitado y el pobre.

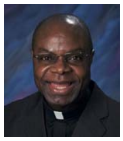
La parábola nos invita también a la conversión del corazón. A veces lo que podemos hacer hoy lo dejamos para mañana y, entonces, perdemos la oportunidad que Dios nos da de deshacernos de nuestros pecados y recibir la salvación eterna. Las palabras de Abraham al hombre rico son tan claras: Si sus hermanos no escuchan a Moisés y los profetas, aun menos a alguien que resucito de la muerte. Aquí está el drama de la terquedad humana en cuanto a la palabra de Dios. La desgracia del rico es debido no sólo a la dureza de su corazón, sino también de sus oídos.

Cuando el hombre rico cree que cuando alguien de los muertos le fuera hablar a sus hermanos, ellos cambiarían, él se engaña a si mismo. Los cimientos de nuestra fe no están en las apariciones, las revelaciones de ángeles o prodigios, sino en la palabra de Dios. Cuando dejamos de escuchar a las escrituras, preparamos nuestra ruina eterna. Hay sólo uno quién vino de los muertos, Jesucristo. Tenemos que escucharle.

Todo esto nos ayuda a entender lo que San Pablo le recuerda Timoteo que haga su ministerio alcanzando la rectitud, la piedad, la fe, el amor y la mansedumbre. Él concluye recomendándole: lucha en el noble combate de la fe, te ordeno que cúmplase fíele e irreprochable todo lo mandado, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Estas palabras son dirigidas también a nosotros hoy; escuchémoslas.

Oremos que el Señor con su gracia y la fuerza de su Espíritu Santo suavice nuestros corazones de modo que podemos que escucharle y vivir en la solidaridad un Rezamos esto el Señor en su gracia y la fuerza de su Espíritu Santo alisa nuestros corazones de modo que seamos capaces de escucharle y vivo en la solidaridad el uno con el otro, sobre todo el pobre y el necesitado. ¡Pueden Dios te bendiga todos!

Amos 6, 1. 4-7; 1timoteo 6, 11-16; Lucas 16, 19-31



Fecha de Sermón: Septiembre 30, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070930homilia.pdf